

*La naturaleza
revolucionaria del
nacionalsozialismo*

Matt Koehl



editorial Kamerad



La naturaleza revolucionaria del nacionalsocialismo

Matt Koehl

La traducción de la presente obra
fue realizada por Enrique Aynat

Índice

La raza: hacia una visión natural, prólogo de la revista <i>Mundo NS</i>	1
Presentación, por Ramón Bau.....	2
La naturaleza revolucionaria del nacionalsocialismo.....	3
1. La decadencia.....	3
2. La verdadera revolución.....	4
3. Dicotomía de valores.....	6
4. Lealtades.....	7
Notas.....	11

***La raza: hacia una visión natural,
prólogo de la revista Mundo NS***

Quisiera agradecer especialmente la colaboración inestimable del camarada Enrique Aynat, quien ha trabajado infatigablemente para ayudarnos a dar a conocer las ideas y tendencias de la W.U.N.S. en España. Sin su colaboración silenciosa pero constante no tendríamos ahora la posibilidad de leer las obras de la W.U.N.S. *Hitlerismo, la fe del futuro, La naturaleza revolucionaria del nacionalsocialismo y Rockwell*, así como un estudio inigualable sobre eugenesia o el poder editar en breve la obra de Colin Jordan, *Un nacionalsocialista para los años '80*.

Las ideas raciales y diferencialistas, científicas, biológicas, van a recibir también un gran empuje gracias a un conjunto de camaradas de Valencia que desean continuar sistemáticamente la labor que la Editorial Wotan ha iniciado con la edición de *Raza y ciencia*, el primer estudio racista científico y biológico que se ha dado en España.

Estos camaradas van a editar obras de Hans Günther (*Humanitas*), Savitri Devi (*Reflexiones de una aria*), y las traducciones de libros americanos sobre estos temas. Con ello se habrá llenado de una vez el hueco que teníamos en España donde se había llegado a resumir la raza como *voluntad de Dios*, demostrando una total incompreensión del tema racial.

Mundo NS se felicita de haber fomentado y alentado el despertar de una visión natural, científica y alternativa de la raza y las diferencias humanas.

Presentación, por Ramón Bau

Es un honor presentar en castellano la obra de Matt Koehl, líder de la W.U.N.S (World Union of National Socialists o Unión Mundial de Nacionalsocialistas), *La naturaleza revolucionaria del nacionalsocialismo*, gracias a la traducción del camarada Enrique Aynat, que tanto ha hecho siempre por la difusión de las ideas de la W.U.N.S. en España.

Esta obra es un resumen ideológico de vital importancia para los nacionalsocialistas en una época especialmente difícil. Está escrito para los nacionalsocialistas de hoy y para marcar un camino en nuestra lucha actual.

Creo imprescindible recalcar los puntos claves que Koehl define con maestría:

1. Todo el sistema actual ha periclitado, no hay que esforzarse en salvarlo sino en presentar un nuevo orden, unos valores nuevos de alternativa. Hemos de comprender que todo debe ser rechazado, su economía, su *cultura*, su moral, su ética y sus religiones, todo, sin pretender *restaurar* valores ya caducos sino imponer una alternativa nueva basada en la diferencia la naturaleza y la raza.

2. Sólo somos revolucionarios en tanto queremos imponer estos nuevos valores, no en cuanto combatimos a los viejos. El nacionalsocialismo no es un *contra* sino un *a favor*.

3. El centro del nacionalsocialismo es la naturaleza, la diferencia, la raza, no las morales ideas o religiones conservadoras.

4. Idealismo es el sacrificio por el pueblo, el socialismo revolucionario. Debemos rechazar como *idealismo* el creer en unas ideas, utopías, o cualquier *manifestación despreciable del sentimiento* (en palabras del propio Hitler), religiones de compasión piedad, etc.

5. El deber de un revolucionario es doble: mantener siempre los principios básicos (en nuestro caso los valores de la naturaleza, y entre ellos la raza), por más impopulares que sean; y por otro *hacer la revolución*, lograr el triunfo. Hay que ir por el camino que conduzca al éxito, con la única limitación de mantener los nuevos valores siempre en alto.

6. Hemos de despreciar toda lealtad a los valores morales y *patrióticos* de nuestro mundo. Ni patria, ni ejército, ni religiones, nada nos ata al Estado actual. Debemos apoyar una alternativa radical al sistema, destruyendo todos sus valores con los nuevos. Y además hay que apoyar toda tendencia que lleve a la destrucción del sistema.

Creo que estos principios son duros, revolucionarios, pero su lógica es aplastante.

Luchamos por una alternativa real, posible y radical al sistema. Nuestro deber único es imponer los nuevos valores naturales por los medios que mejor podamos.

El mismo Koehl nos da como ejemplo el leninismo: lucha despiadada y feroz contra el enemigo, aprovechar todo y hacer política eficaz.

Ojalá seamos dignos de estos textos.

Ramón Bau

La naturaleza revolucionaria del nacionalsocialismo

A este sistema le decimos: *“Estamos hartos de tus mentiras. No lucharemos más en tus guerras sangrientas. En cambio, te vamos a declarar la guerra. Y si morimos será en una revolución, aquí, en casa, no en tus guerras extranjeras. Y si esto es traición, seremos felices al cometer la más grande.”*

El verdadero significado del nacionalsocialismo como idea revolucionaria y como fenómeno histórico de importancia fundamental es demasiado a menudo subestimado u olvidado por sus partidarios. En unas ocasiones sus perspectivas y objetivos son confundidos con los de la derecha reaccionaria, y en otros con los de la izquierda marxista.

Para disipar ambos errores es conveniente no sólo re-examinar el papel del nacionalsocialismo fuera de sus coordenadas históricas, sino también reevaluar sus valores fundamentales. Sólo cuando las implicaciones de ese papel y esos valores sean más claramente comprendidos y apreciados, podrá cada militante aislado alcanzar el nivel de dedicación necesario para permitir al movimiento nacionalsocialista realizar su misión histórica.

1. La decadencia

Cuando Oswald Spengler habló de la decadencia de Occidente, estaba describiendo un aterrador proceso histórico que hoy ha llegado a su fase final. E incluso en estas fechas hay muy pocos que han alcanzado la fortaleza moral e intelectual para reconocer la plena extensión de esa decadencia. A lo que nos enfrentamos no es simplemente a una estructura política devenida en decadente y corrupta. Toda faceta de la civilización que conocemos - todo un sistema cultural - ha degenerado. La decadencia ha infectado toda institución de la sociedad: social, económica, religiosa, cultural y política.

Desde los días de la decadencia de Roma la Tierra no ha sido testigo de un fenómeno similar. Vemos al hombre de negocios, cuyo dios es el beneficio; al político que se prostituye en el burdel parlamentario; al sacerdote que dirige cultos judíos al tiempo que proclama lo inmoral de la idea racial; al profesor que aboga por el feminismo y la homosexualidad como sistema de vida alternativos; al militar más preocupado del importe de su jubilación que de su honor como soldado; y al hombre de la calle, atiborrado de cerveza y televisión, que acepta todo sin siquiera un murmullo de protesta. Todo esto es sintomático de una enfermedad, un cáncer, una dolencia que ha condenado a muerte a la actual civilización.

Es definitivo. De acuerdo con la ley de los grandes ciclos que gobierna la marcha de las culturas, la civilización occidental, como entidad orgánica, ha terminado. Ninguna recuperación es posible. No hay esperanza de salvarla, ni siquiera se debería intentarlo. Lo que ha degenerado no debería ser reactivado artificialmente, debe ser eliminado.

La moderna civilización occidental constituye una grotesca parodia de la verdadera cultura. Representa un viejo orden cuyos valores son falsos, alógenos, antinaturales, que van contra la vida y contra la raza. Estamos siendo testigos de la fase final de un deterioro orgánico que continuará su proceso hasta culminar en la muerte, en el caos. Nada puede frenar este proceso.

Frente a esta sombría perspectiva, ¿cómo hay que responder?, ¿cómo se debería enfrentar uno a la inminente muerte de una civilización, de toda una cultura, de la que se

es parte integral? ¿Cómo se puede seguir adelante con el trauma de esa experiencia? ¿Debe uno renunciar a la racionalidad y acogerse a la poco fiable seguridad de un iluminado o de un culto religioso?, ¿debe caer en excesos hedonistas o en el nihilismo autodestructivo?, ¿o se debe simplemente ignorar la realidad completamente e insistir con nostalgia en la restauración de lo que está irremisiblemente perdido?

Pero hay que plantear una cuestión capital: ¿significa la muerte de una cultura el fin de todo?, ¿significa que ya no hay razón para vivir?

Para los nacionalsocialistas hay una meta: acción basada sobre la clara percepción de la realidad, acción audaz y resuelta para establecer el orden donde había caos.

Y aquí hay que recordar que la primera consideración es que la visión del mundo nacionalsocialista nunca ha considerado la cultura como determinante. Por el contrario, establece la primacía de la raza, y reconoce en el principio racial el núcleo potencial para una cultura más elevada. El corolario inmediato de este punto de vista es, por supuesto, que la muerte de una civilización no tiene las mismas consecuencias que la muerte de la raza.

En su libro, Adolf Hitler afirma: *“Toda derrota puede ser la madre de una victoria futura. Toda guerra perdida puede ser la causa de un resurgimiento posterior; toda miseria puede hacer fecunda la energía humana y toda opresión puede suscitar fuerzas que produzcan un renacimiento moral, en tanto que la sangre se mantenga pura.”* ⁽¹⁾

Aquí la cuestión de la preservación de un núcleo racial asume importancia definitiva. ¿Quién sobrevivirá al próximo colapso? ¿Qué emergerá en lugar de la cultura occidental? Son cuestiones fundamentales. No hay que planteárselas a la ligera.

Un *desenganche* de nuestra raza de la decadencia general de la civilización occidental está lleno de peligros. Durante un milenio el destino del ario ha estado unido inseparablemente a la historia de Occidente. Es problemático si podrá sobrevivir al *shock* de un desarraigo cultural. Esta gigantesca tarea está aún por intentarse, pero no hay otro camino. Si nuestra raza - o por lo menos uno de sus segmentos - no realiza un esfuerzo concienzudo para separarse de una cultura en desintegración, se extinguirá sin esperanza. Pero sólo en la creación de un *nuevo orden*, con sus propios valores y características, y alzado desafiante frente a las ruinas del viejo, puede haber un futuro digno para el ario.

Lo crucial no es si sobrevive una civilización decadente, sino una raza capaz de crear cultura. Porque lo que está en juego no es la vida de una cultura como tal, sino la existencia de una raza capaz de crear la más alta cultura. Esta es la cuestión decisiva de nuestro tiempo.

Desde que existe el ario, lleva dentro de sí la chispa prometeica, en la que cualquier cataclismo trágico avivará una brillante y nueva llama de expresión creativa. Y así como la cultura occidental adoptó libremente elementos del anterior periodo clásico en su estructura histórica, del mismo modo la cultura post-occidental del nuevo orden se apropiará como legado intemporal de aquellas creaciones del Occidente que se han mantenido dignas e incontaminadas.

2. La verdadera revolución

Una correcta apreciación del nacionalsocialismo como fuerza revolucionaria presupone una precisa definición de términos, así como la comprensión de su papel en un amplio contexto histórico. Considerar la idea de revolución como símbolo de

bolchevismo o de nihilismo es pueril. La verdadera revolución no tiene nada que ver con el nihilismo, que apenas es la destrucción sin acompañamiento de un conjunto de valores. Ni es el bolchevismo. En una época de degeneración defender un orden de valores diferente es el acto revolucionario. Es más que la retórica, pues cualquier charlatán u oportunista puede embaucar por medio de la palabra. Es más que la acción violenta, aunque pueda estar presente en un proceso revolucionario. Es más que un mero cambio de administración política. Todo eso es mucho más superficial.

Por el término revolucionario entendemos la entrega a un cambio radical referido a la introducción de un orden de valores completamente diferente.

En el curso de la historia occidental ha habido varios acontecimientos notables a los que se ha considerado como revoluciones. Inglaterra experimentó un cambio violento de régimen en 1649, cuando Cromwell y sus *roundheads* (cabezas peladas) derrocaron a Carlos I y establecieron una república puritana, el primer legado de la tradición de hipocresía moral en la política anglosajona.

La segunda conmoción europea ocurrió en Francia, en 1789, bajo el lema jacobino de "*Libertad, igualdad y fraternidad*", suceso que señaló el triunfo del populacho y de la mediocridad.

En cierta manera similar a la llamada revolución francesa fue la erupción bolchevique en la Rusia de 1917, culminación monstruosa del proceso de igualación manifestado en las dos anteriores conmociones. ⁽²⁾

Aparte del denominador común de regicidios y caos general, todas esas *revoluciones* europeas eran similares en otro que brotaba del mismo subsuelo espiritual y compartía los mismos valores materiales siempre presentes en algún grado en la decadencia occidental: culto al número, a las masas, al bienestar material, al confort, felicidad, libertad personal, privilegios y derechos individuales, ¡todo para complacer el egoísmo humano! Se puede decir, de hecho, que cada revolución era una manifestación más avanzada en el deterioro progresivo.

La revolución americana de 1776, aunque asumió algunos de los aspectos de un genuino levantamiento nacional, estaba desgraciadamente infectada por el materialismo racionalista del siglo XVIII. Después que la Guerra Civil destruyera cualquier posibilidad de desarrollar en los Estados Unidos un carácter nacional, lo que quedó no era otra cosa que la semilla para el más venoso igualitarismo y bolchevismo espiritual, a cuya plena floración asistimos hoy. A pesar de lo que había originalmente pretendido, el sueño americano de *vida libertad y búsqueda de la felicidad* se ha convertido en un fútil pretexto para los más vulgares progresismos y egoísmos, del mismo modo que el llamado americanismo se ha convertido en el símbolo universal de la más espantosa decadencia y falta de cultura.

En contraste con las *revoluciones* anteriores, la *revolución alemana* de 1933 representa un fenómeno totalmente nuevo. No sólo fue virtualmente incruenta, sino que - lo más importante - emprendió una potente transformación *espiritual*. Forjándose al lado de una tradición teutónico-prusiana del deber, servicio y disciplina e inspirada por el gran liderazgo de Adolf Hitler, reflejó la madurez política del pueblo alemán como primera nación aria en alzarse conscientemente contra la decadencia de Occidente. Introdujo un *nuevo y completo sistema de valores* fundamentalmente opuesto al del antiguo orden.

No deja de tener significación que fueran precisamente aquellas naciones cuya experiencia histórica demostraba preferencia por la decadencia humana las que se encontraron en mortal oposición con la Alemania nacionalsocialista durante la

Segunda Guerra Mundial. Y si bien esta creación única fue trágicamente abortada se puede considerar que no sólo fue la *primera* toma de conciencia racial del ario, sino además la primera verdadera revolución en dos mil años. Considerando que todas las convulsiones anteriores eran, en mayor o menor grado, parte de un proceso de disolución de un sistema, la revolución nacionalsocialista alemana representó una revuelta radical contra el sistema mismo, a consecuencia de la introducción de un orden de valores completamente nuevo.

Lo destacable del sistema de valores nacionalsocialistas es que, en contraste con el anti-naturalismo del viejo orden, conscientemente intenta aplicar las inmutables leyes de la naturaleza al ámbito humano. A través de un abierto reconocimiento del principio de la desigualdad universal, considera los valores de la sangre y de la raza como el centro neurálgico de toda política. Para el nacionalsocialismo el concepto de desigualdad nunca fue un fin en sí mismo, sino simplemente un medio para permitir la selección del genio humano. Contra la debilidad enfermiza de nuestro tiempo, propuso la salud. Contra la decadencia, propuso la regeneración. Contra la falta de carácter, energía. Contra la falsedad, la verdad. Contra la muerte, la vida.

Es en este sentido como debe ser comprendida la revolución alemana: como *única y verdadera revolución* en los dos últimos milenios, como un singular acontecimiento de importancia trascendental para nuestra raza. Y hacia esta poderosa fuente de inspiración debemos volvernos los nacionalsocialistas, y son estos valores los que debemos difundir como verdaderamente revolucionarios de esta época.

3. Dicotomía de valores

Desde que la propaganda marxista inventó el ardid de que el nacionalsocialismo (como cierta forma mal definida de *fascismo*) representa el “*último y moribundo estertor del sistema capitalista*”, ha existido un cierto grado de confusión respecto a nuestro credo y su exacta posición entre las diferentes ideologías. Esta manifestación absurda ha sido creída no sólo por la izquierda política sino también por algunos elementos marginales de la derecha.

La verdad es que el nacionalsocialismo no es capitalista ni comunista. No es de izquierdas ni de derechas. No forma parte del conjunto de fuerzas que sustentan el orden existente. La percepción nacionalsocialista de la realidad social y política rechaza como sin sentido cualquier dicotomía, sobre todo si es consecuencia artificial de las contradicciones de clase que se dieron en la revolución industrial en las dos últimas centurias. Ello no tiene importancia ante las modernas exigencias raciales.

A pesar de diferencias superficiales, capitalismo y comunismo - derechas o izquierdas - representan las dos caras del viejo orden. En general son similares, con una visión del mundo común basada en el materialismo económico, según el cual entienden el mundo en términos de dinero y masa. Como bandas rivales su disputa no es sobre los valores básicos, sino sobre la aplicación de esos valores como, por ejemplo, la distribución de la riqueza y otras consideraciones políticas. Que la vida en esta Tierra pueda tener valores más altos es algo ajeno a ambos.

En contraste con las ideologías materialistas-económicas del viejo orden, el nacionalsocialismo postula la filosofía del *idealismo racial*, que defiende el sacrificio individual y el servicio en nombre del todo orgánico, y que es la premisa no sólo para la verdadera cultura sino además la base para una vida plena del mismo ser individual.

Adolf Hitler describió la actitud idealista-racial de esta manera: “*Pero como el*

idealismo no es otra cosa que la subordinación de los intereses y de la vida del individuo a los de la comunidad, y eso es, a su vez, la condición previa para que puedan nacer las formaciones organizadas de toda clase, el idealismo responde en último análisis a los fines queridos por la naturaleza. Solo él conduce al hombre a reconocer voluntariamente los privilegios de la fuerza y la energía, y hacer de él uno de los elementos infinitesimales del orden que da al universo entero su forma y aspecto.”⁽³⁾

Aclarando el significado del idealismo continúa: *“Es absolutamente necesario convencerse de que el idealismo no es una manifestación despreciable del sentimiento, sino que, por el contrario, es en realidad, y será siempre, la condición previa de lo que llamamos civilización humana, e incluso de lo que llamamos hombre. Es a este estado espiritual íntimo al que el ario debe su situación en este mundo y el mundo el tener hombres; pues sólo él ha extraído de la idea pura la fuerza creadora que, al permitir asociarse en una unión única en su género la fuerza brutal del puño a la inteligencia del genio, ha creado los monumentos de la civilización humana.”*⁽⁴⁾

Bajo el ángulo de este contraste entre materialismo e idealismo-racial se hace más palpable que la alineación real de los sistemas no es entre nacionalsocialismo y derecha reaccionaria por un lado y la llamada izquierda revolucionaria por el otro, sino la izquierda y derecha del viejo orden frente a un naciente nuevo orden políticamente presentado por el nacionalsocialismo.

Esta básica dicotomía de sistema de valores se demostró dramáticamente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las supuestamente antagónicas fuerzas de la finanza capitalista y el comunismo internacional se unieron en lucha incondicional contra la única fuerza que consideraban mortal para ambas. Cuando las fuerzas del nacionalsocialismo asediaban al marxismo, el mundo fue testigo del espectáculo de ver a los ansiosos comunistas abrazar a sus colegas capitalistas en una desesperada cruzada para derrotar al enemigo común y preservar al viejo orden.

4. Lealtades

Habiendo examinado la condición histórica de Occidente y considerando que la solución de la crisis motivada por la decadencia está en una revolución basada en los valores raciales del nacionalsocialismo, debemos enfocar ahora la relación de los nacionalsocialistas considerados aisladamente con este proceso histórico, esto es, sus responsabilidades morales respecto a su participación en el sistema, así como aquellos principios que debe regir su actitud y lealtad personales.

La primera obligación de un revolucionario es establecer su posición sobre una sólida base filosófica y de integridad moral. Esto significa, por encima de todo, que hemos de estar preparados para aceptar y defender la verdad, la verdad impopular, la verdad difícil. Como dijo Hitler: *“La condición previa para la acción está en la voluntad y el coraje de ser veraz.”*

Para el activista político es siempre más fácil adaptarse a las preferencias y prejuicios de la masa que adoptar una posición impopular. Hitler reconoció esta tendencia cuando previno al movimiento nacionalsocialista de la siguiente manera: *“Nosotros los nacionalsocialistas sabemos que el mundo actual considerará esta concepción como revolucionaria y nos reprobará con ese nombre. Pero nuestras opiniones y nuestros actos no deben resultar de la aprobación o desaprobación de nuestra época, sino de la obligación imperiosa de servir la verdad de la que tenemos conciencia.”*⁽⁵⁾

Un verdadero revolucionario nunca puede comprometer sus objetivos últimos. De otro modo cesa de ser revolucionario para convertirse, en cambio, en un oportunista político más. En este sentido la actitud sin compromiso de Hitler respecto al oportunismo está claramente expresada en el siguiente pasaje de su obra: “...*un movimiento que quiera renovar el mundo debe servir no al presente sino al futuro.*”⁽⁶⁾

Una vez establecido firmemente lo anterior, la siguiente obligación del revolucionario es plantear su *posición personal* respecto de la decadencia del actual orden, y re-examinar sus lealtades básicas con respecto a las diferentes instituciones de la sociedad, así como de la estructura del Estado como tal.

Pues un nacionalsocialista no debe guardar lealtad a un Estado que pretenda socavar o destruir la integridad racial de su pueblo. Estas monstruosidades sólo sirven para ser erradicadas.

“*Si por medio del poder estatal un pueblo es conducido hacia su destrucción, la rebelión no sólo es el derecho de todo miembro de ese pueblo, es también un deber.*”⁽⁷⁾

Así habló Hitler respecto a la legitimidad de la autoridad del Estado, añadiendo además: “*El Estado es un medio para llegar a un fin. Su fin es mantener y favorecer el desarrollo de una comunidad de seres, que tanto en lo físico como en lo moral, son de la misma especie.*”⁽⁸⁾

Tal vez en ninguna parte sea más palpable la desintegración de la civilización occidental que en América del Norte, donde se añade además la falta de carácter nacional. Generalmente en Europa las respectivas formas estatales han pretendido - al menos hasta la fecha - adaptarse a los distintos tipos étnicos, mientras que en América no existe un verdadero *pueblo*. Aquí la llamada nacionalidad sólo representa una etiqueta común para los que esperan compartir el destino común de vivir en el Estado de la *igualdad*, difícilmente una base apropiada para gestar un genuino carácter nacional. Tal vez como resultado de lo anterior uno se encuentra con la peculiar inclinación americana de considerar equivalente la nación y el gobierno, en una patética parodia del auténtico patriotismo.

A pesar de lo que los Estados Unidos hayan podido ser en otro tiempo, hoy únicamente representan un batiburrillo multirracial y desarraigado, sin auténtico carácter ni propósito común. Como tal sólo puede mantenerse unido a la larga por medio de la prosperidad general y/o por la fuerza. En ausencia de estos dos factores toda la estructura sería muy endeble, ya que las diversas fuerzas centrífugas - social, regional, étnica y especialmente *racial* - entrarían en juego, algo que inevitablemente ocurrirá bajo las tensiones de las futuras circunstancias.

Bajo tales condiciones sería absurdo, además de totalmente desastroso, para los nacionalsocialistas identificarse con las tradicionales apelaciones al patriotismo. “*Con mi patria, con razón o sin ella.*” Pero ¿qué ocurre si uno ya no tiene patria? ¿O puede honestamente mantenerse que los arios de Norteamérica poseen un país sobre el que ejercen control y jurisdicción soberana? ¿O no sería mejor decir que los blancos americanos viven en una colonia cuyo centro administrativo radica en Washington, pero cuya capital es Jerusalén?

Y cuando se permite a millones de no-blancos entrar en tropel - legal o ilegalmente - en los Estados Unidos, donde inmediatamente se convierten en miembros con idénticos derechos de una gran *sociedad de consumo*, entonces ya no es posible considerar sus fronteras como algo sagrado ni el estatus americano posee cualidad alguna digna de ser envidiada. Entonces todo comentario sobre constitución, gobierno o sociedad libre es

completamente absurdo, pues sólo son meros eslóganes para la esclavización y extinción. Entonces todo el actual régimen debe ser visto no como algo a lo que uno deba lealtad y respeto, sino como un instrumento de tiranía y opresión - como un *enemigo* - que debe ser total y completamente destruido. Entonces la defensa de la *ley y orden* debe ser considerado como la peor catástrofe posible para nuestra raza, y la acción centrífuga de las contradicciones interiores como la mayor bendición, al deshacer los vínculos de una unión antinatural y nefasta. Para los nacionalsocialistas intentar la necesaria lucha de liberación a través de cualquier otra actitud equivaldría a descartar por adelantado toda posibilidad de éxito.

Fue precisamente esta actitud firme y revolucionaria la que adoptó Hitler cuando rehusó prestar fidelidad al viejo Estado de los Habsburgo, cuya caída previó con toda claridad a causa de su falta de cohesión étnica. El notable paralelismo entre aquella decadente estructura antes de su colapso y la situación del actual Estado multirracial de América del Norte, es algo que todo nacionalsocialista debe considerar. Por encima de todo hay que recordar la admonición del *Mi lucha*: “*Nosotros los nacionalsocialistas no debemos bajo ninguna circunstancia unirnos a los hurras típicos del patriotismo del presente mundo burgués.*”⁽⁹⁾

Es típico de los burgueses reaccionarios preferir dirigirse a objetivos a prudente distancia de sus fronteras antes que embarcarse en la más difícil y arriesgada empresa de combatir al enemigo dentro de casa. No es casual que los conservadores americanos, por ejemplo, hayan estado siempre en primera línea al defender aventuras militares en el exterior - de la Segunda Guerra Mundial a Suez, de Vietnam a Irán - mientras que se muestran sospechosamente indiferentes al control sionista sobre los Estados Unidos.

Uno sólo puede sonreír ante el hipotético espectáculo de un Vladímir Ilich Lenin comportándose de manera similar a un burgués reaccionario. Sería como suponer a Lenin declarando en 1914 que si bien tenía ciertas diferencias con el zar, sin embargo reconocía que su deber patriótico prevalecía y debía defender a la Madre Rusia en momentos de crisis, al tiempo que suspendía la oposición a *su* gobierno mientras durase el conflicto. Toda persona sensata, comunista o no, consideraría estúpido y extremadamente ingenuo, cuando no totalmente absurdo, ese comportamiento. En todo caso, Lenin nunca habría logrado el triunfo político, ni el mundo estaría ahora amenazado por su ideología. Todavía existen camaradas que no han comprendido las razones reales del éxito marxista y que aún tienen que resolver la cuestión de la lealtad al Estado, algo que sin ambigüedades resolvió William Joyce en 1939 cuando, como nacionalsocialista, tomó la firme resolución de abandonar la judaizada Inglaterra para luchar en defensa de la revolución aria en Alemania, ya que reconoció que la camaradería racial es más importante que la mera ciudadanía estatal.

Hoy existen en el mundo dos fuerzas igualmente peligrosas. Una está representada por la doctrina niveladora del marxismo-leninismo, o comunismo. La otra es el sionismo internacional, la insidiosa doctrina de la democracia y la supremacía de los valores judíos sobre los blancos. Mientras en el este el comunismo es una realidad dominante, en el oeste es el sionismo - alineado con el capital monopolista y políticamente representado por el liberalismo-conservadurismo - el que ejerce el dominio efectivo. En consecuencia la desestabilización y demolición de la estructura del poder sionista debe ser el primer objetivo de los nacionalsocialistas en los países occidentales. Sólo cuando esa abominación, haya sido eliminada podrá el movimiento prestar atención a otras tareas.

Como nacionalsocialistas y revolucionarios nuestra primera misión es combatir el

presente *statu quo*.

Si *no* somos capaces de reconocer al enemigo interno como el primer enemigo a combatir y vencer, entonces ni somos revolucionarios ni nacionalsocialistas, y nunca estaremos preparados para derrotar a cualquier otro rival.

Bajo ninguna circunstancia deben tolerar los nacionalsocialistas el ser considerados como defensores del estado actual del sistema frente a sus crisis, tanto internas como externas. Toda acción en ese sentido es contraria al proceso revolucionario y sólo sirve para perpetuar la situación presente. En cambio, debemos estar preparados para acoger cada situación, cada acontecimiento y cada acción que tienda a desestabilizar o disolver el orden vigente.

A estas alturas ya nada más puede ser restaurado. Por tanto nuestra tarea no está en volver atrás, a otra época. No queremos restaurar una civilización decadente y moribunda, ni preservar un sistema corrupto, ni cambiarlo o modificarlo.

Nuestra misión histórica actual como revolucionarios nacionalsocialistas es, simplemente, empezar de nuevo, haciendo *tabula rasa* del pasado con una nueva visión y una nueva voluntad para crear sobre esta tierra un nuevo orden y una nueva cultura para el ario. *Esta* es nuestra misión, y no otra.

Notas

- ⁽¹⁾ *Mi Lucha*, edición americana traducida por Ralph Manheim, pág. 327.
- ⁽²⁾ Algunos consideran a Rusia fuera del ámbito de la cultura occidental, por tener sus raíces en la tradición bizantina. Si bien lo anterior se puede considerar técnicamente correcto, no es menos cierto que durante siglos los elementos dirigentes de ese país se orientaron hacia el occidente germánico. Ya que la revolución rusa incluyó estos elementos entre las fuerzas protagonistas (así como la doctrina, originada en Occidente) dicha convulsión debe ser considerada dentro del contexto general de la historia occidental.
- ⁽³⁾ *Mi Lucha*, pág. 299.
- ⁽⁴⁾ *Ibíd.*, pág. 298.
- ⁽⁵⁾ *Ibíd.*, pág. 394.
- ⁽⁶⁾ *Ibíd.*, pág. 466.
- ⁽⁷⁾ *Ibíd.*, pág. 96.
- ⁽⁸⁾ *Ibíd.*, pág. 393.
- ⁽⁹⁾ *Ibíd.*, pág. 648.

*“A este sistema le decimos:
Estamos hartos de tus mentiras. No
lucharemos más en tus guerras
sangrientas. En cambio, te vamos a
declarar la guerra. Y si morimos
será en una revolución, aquí, en
casa, no en tus guerras extranjeras.
Y si esto es traición, seremos felices
al cometer la más grande.”*

Matt Koehl

